

LA ERMITA

POR EDUARDO MAULEÓN

Yace destruída: semioculta por la abrupta maleza del monte, como si ésta, avergonzada, tratara de esconder a los ojos curiosos del caminante las añosas piedras que un día (¡de esto hace tanto tiempo...!) formaron en aquel altozano el perfil vigilante y esperanzador de una altiva ermita.

Bajo su techado, sustentado por recias vigas extraídas del bosque cercano, se guardaba una imagen de rústica talla que tiempos atrás pudo ser salvada de las huestes berberiscas que arrasaban las tierras llanas, y traída a aquella arrinconada aldea por un hombre desconocido que desapareció misteriosamente...

Y, allá, en lo más alto de aquel monte que domina dilatados horizontes y perspectivas bellísimas, se erigió, con el impulso de todo el pueblo, el fuerte cobijo para el Santo.

Un año tras otro, sucediéndose muchas generaciones, aquel pueblo sencillo y devoto, ascendía por la zigzagueante y estrecha senda que conducía a lo alto, para postrarse ante la venerada imagen que les preservaba de las desgracias y ayudaba en sus males.

Manos femeninas cambiaban las mustias flores por otras más frescas y fragantes, y dos cirios de luz temblorosa, descansaban sobre el blanco mantel que, con olor a hierbabuena, cubría la madera del altar.

Y después de aquella abundante comida despachada a la sombra bienhechora de la ermita, cuando las montañas se cubrían de rubor y las sombras se alargaban como queriendo escapar de los cuerpos, la fila de romeros descendía hacia la callada aldea perdida entre un laberinto de frondosos montes.

La ermita se quedaba sola y entre jirones de niebla aguardaba la próxima romería.

Sólo el viejo pastor que cuidaba lanudas ovejas, la visitaba con frecuencia y se protegía del viento helado en los recios muros a los que llegaba el tibio calor de la incipiente primavera.

Mas vinieron guerras y con ellas invasiones de gentes extrañas. Y la ermita de fuertes paredes, sirvió como reducto protector a cualquiera de los bandos litigantes. Después...

Nadie se acordó de reedificarla. La imagen de talla ruda y dulce mirar había sido bajada a la iglesia del pueblo juntamente con la campana; aquella campanita de alegres vibraciones que tantas generaciones oyeran invitándoles a celebrar esplendorosamente la festividad del Santo.

Con las piedras de la ermita se construyeron bordas o paredones para delimitar heredades. Ahora, tan solo quedan unas pocas amontonadas entre los altos bojes del monte. Un monte con nombre de Santo. De aquel Santo que, según tradición, no era otro que aquel personaje que desapareció misteriosamente rodeado por un halo de refulgente y maravillosa luz...